

Caso resuelto

Martín Kohan

CASO RESUELTO

Martín Kohan

Ya se ha dicho que Emma Zunz iba a quedar detenida: que su coartada ante la policía no podía prosperar a pesar de que el propio narrador del cuento sostenga en el final lo contrario. Lo que dice el narrador lo sabemos: que lo “increíble” cederá ante la fuerza de lo que es sustancialmente cierto, y a Emma le van a creer. Quienes discrepan con este vaticinio basan sus argumentos en cuestiones de neta genitalidad. Los reproches no apuntan a Emma, que al fin y al cabo no existe, sino a Jorge Luis Borges, que es el que la creó. A Borges el reprimido, a Borges el remilgado, le cuestionan una *gaffe* en materia de erotismo: ¿qué clase de peritaje podría llegar a confundir una relación sexual consentida con una violación sexual, o un abuso? ¿Quién podría no advertir en su cuerpo la ausencia de las huellas de un forzamiento, toda vez que la experiencia sexual que vivió (alterando apenas “las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios”) fue aceptada y voluntaria?

Los asuntos personales de Borges no me importan ni vienen a cuento, pero me permito alegrar aquí un saber del remilgado. Porque en cualquier caso la voluntad no es lo mismo que el deseo, acaso en cualquier rubro que se invoque, y en materia sexual sobre todo. Es cierto que Emma Zunz *quiere* acostarse con el marinero sueco en el puerto, pero no es menos cierto que, aun así, no lo *desea*. Las marcas de esa fricción habrán de quedar en el cuerpo, y como marcas de fricción precisamente, si se me permite decirlo así. Un hombre atento (atento en el sentido de amable, atento en el sentido de perspicaz) lo notaría quizás, llegado el caso; pero un marinero algo rústico y algo urgido, que se aboca a un pronto trámite de intercambio de sexo por dinero, es casi seguro que no.

No obstante sostengo también que Emma Zunz habrá de quedar detenida, aun que por razones distintas que éstas. Su plan, como tal, es perfecto, y es

perfecto ante todo en su cuerpo. ¿Qué otra cosa, sino su cuerpo, le reveló a esa chica de diecinueve años y “un temor casi patológico” a los hombres esa “cosa horrible” a la que por ejemplo, y sin ir más lejos su padre, hubo de someter por ejemplo, y sin ir más lejos a su madre? Por alguna razón Emma determinó que su padre se había suicidado en Brasil (no es lo que la carta le informa, la carta informa una muerte accidental); por alguna razón Emma decide que es después de ese suicidio, pero no antes, que vengar la afrenta que sufrió su padre tiene sentido. Que su padre fue víctima de Aarón Loewenthal es algo que él mismo le ha confiado, y que ella decidió creer; que además fue victimario (de su madre, por lo pronto) es lo que su propio cuerpo le revela.

Por eso en el momento de matar a Loewenthal, el patrón, el judío, el que años atrás arruinó a su padre, va a matar antes que nada a un hombre: no al patrón, no al judío, ni siquiera al que arruinó a su padre, sino a un hombre; y eso porque el impulso definitivo para actuar y matar lo cobra en tanto que mujer: no es Emma Zunz, la obrera; tampoco es Emma Zunz, la posible judía; ni siquiera es Emma Zunz, la hija de Emanuel Zunz; sino Emma Zunz la mujer, rabiosa por su humillación de mujer.

Aarón Loewenthal es un típico judío, vale decir el estereotipo de un judío: barba rubia, anteojos redondos, nombre bíblico, avaricia; su casa es la fábrica, su “verdadera pasión” es el dinero, los insultos del verse matado los profiere parcialmente en idisch. Emma actúa sobre varios de estos signos. Un rato antes, rompió dinero, el dinero que el marinero sueco le dejó, creyéndola prostituta (creyéndole que era prostituta). Al escritorio de Loewenthal accede prometiendo delatar a quienes impulsan una huelga en la fábrica (y Loewentahl, el patrón, la recibe, creyéndola delatora). Las palabras en idisch las calla, disparando una tercera vez, haciendo que la barba se manche de sangre. Y por fin, después de eso, le quita al muerto los anteojos redondos y los pone sobre un fichero.

¿Por qué hizo eso? Presumo que hay que tomarlo como una versión sublimada del desnudamiento del abusador. Las evidencias del abuso sobre su propio cuerpo Emma Zunz ya las ha producido; ahora tiene que producir las sobre el cuerpo de Aarón Loewenthal. No va a llegar hasta su desnudez, no va a llegar hasta su sexo (si llegara, a no dudarlo, sumaría un signo de judaísmo más). En vez de eso, antes que eso, apenas le desabrocha el saco y le quita los anteojos. Gesto metafórico que corresponde a un desnudamiento, o gesto literal que corresponde a la presunción de que el que usa anteojos y se dispone al acto sexual, antes de proceder se los saca (con más razón todavía si lo que emprende es un abuso).

Pues bien, los anteojos quedan aparte, sobre el fichero. Servirán así para sostener la coartada del abuso de Emma. Pero hay un detalle que Emma no advierte, hay algo que Emma no ve: los anteojos están salpicados. Salpicados, tal vez, de sangre, o más probablemente de esa agua que voló del vaso que Loewenthal le traía a Emma, a pedido de ella, en el momento de los primeros disparos. Es imposible que la policía, al llegar y al fijarse, no deduzca que, si los anteojos del muerto están salpicados, es porque él mismo los llevaba puestos

en el momento de morir. Y que, por ende, su matadora se los quitó *después* de haberlo matado. La coartada del abuso caerá, pero no en el cuerpo de Emma, sino en el cuerpo de Loewenthal; no en la hipotética desnudez peritada de Emma, sino en la desnudez figurada de Loewenthal.

¿Cómo se le pudo escapar semejante detalle a Emma Zunz? No lo sé. Y a Borges, si es que se le escapó, ¿cómo es que se le pudo escapar? Tampoco lo sé. Pero me atrevo a arriesgar, como hipótesis, que no le habría sucedido de emplear esta palabra más trivial: “anteojos”. Él en cambio usó “quevedos”, que es mejor, más pertinente, más literaria: “los quevedos salpicados”. ¿Y si poniendo quevedos se quedó pensando en Quevedo? ¿Y si una vez más lo distrajo, como siempre, lo de siempre: un fulgor de literatura?